

García Linera, Álvaro. **Marxismo, nacionalismo e indianismo en Bolivia. La “nueva izquierda” del presidente Morales.** *En publicación: Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano no. 2.* CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Publicado por Le Monde Diplomatique, España. Abril 2008

Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/cuadernos/es/garci.pdf>

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la Red CLACSO

<http://www.biblioteca.clacso.edu.ar/>

[biblioteca@clacso.edu.ar](mailto:biblioteca@clacso.edu.ar)

MARXISMO, NACIONALISMO E INDIANISMO EN BOLIVIA

# LA “NUEVA IZQUIERDA” DEL PRESIDENTE MORALES

En los últimos cien años, se han desarrollado en Bolivia cuatro grandes ideologías de carácter contestatario y emancipatorio: el anarquismo, el marxismo, el indianismo de resistencia y el nacionalismo revolucionario. Pero en el curso del último decenio, el indianismo ha dejado de ser una ideología que sólo se limita a resistir, y se ha ido expandiendo hasta conseguir

conquistar la dirección cultural y política de la sociedad frente a la ideología neoliberal. De hecho, se puede afirmar que la concepción más influyente en la actual vida política de Bolivia es el indianismo. Éste constituye el núcleo discursivo y organizativo de lo que hoy podemos denominar la “nueva izquierda” que ejerce el poder con el presidente Evo Morales.

ÁLVARO GARCÍA LINERA \*

Presente desde fines del siglo XIX en algunos ámbitos laborales urbanos, el anarquismo alcanza en Bolivia su influencia más notable en los años 1930 y 1940 cuando logra articular las experiencias y demandas de sectores laborales urbanos (artesanos y obreros) y pequeños comerciantes.

Otra ideología que ancla sus fundamentos en las experiencias de siglos anteriores es la que podríamos llamar “indianismo de resistencia”, que surgió en 1899 después de la derrota de la sublevación indígena dirigida por Zárate Willka y Juan Lero. Reprimido, el movimiento étnico asumió una actitud de defensa de las tierras comunitarias y del acceso al sistema educativo. El movimiento indígena, predominantemente aymara, combinó la negociación con la sublevación hasta ser sustituido por el nacionalismo revolucionario a mediados del siglo XX.

El nacionalismo revolucionario y el marxismo primitivo serán dos corrientes que emergerán simultáneamente con vigor después de la Guerra del Chaco (1), en sectores parecidos (clases medias letradas), con propuestas similares (modernización económica y construcción del Estado nacional) y enfrentados a un mismo adversario: el viejo régimen oligárquico.

A diferencia de este marxismo naciente, para el cual el problema del poder era un tema retórico que debía ser resuelto en la fidelidad al texto escrito, el nacionalismo revolucionario se perfilará como una ideología portadora de una clara voluntad de poder. No es casual que este pensamiento se acercara a la oficialidad del ejército y que varios de sus promotores, como Víctor Paz Estenssoro, participaran en gestiones de los cortos gobiernos progresis-



La recepción del marxismo en el ámbito social vendrá marcada por dos procesos. Primero, una producción ideológica vinculada a la lucha política, lo que conjuró la tentación de un “marxismo de cátedra”. Los principales intelectuales de esa corriente participan del activismo, ya sea en la lucha parlamentaria o en la organización de las masas, lo que influirá tanto en las limitaciones teóricas de la producción intelectual, como en la constante articulación de sus reflexiones con el acontecer de la sociedad.

Y segundo, la recepción del marxismo en el mundo laboral viene precedida de una modificación de la composición de clase de los núcleos económicamente más importantes del proletariado minero y fabril, los cuales se hallan en el pleno tránsito del “obrero artesanal de empresa” al “obrero de oficio de gran empresa”.

Se trata, por tanto, de un proletariado que interioriza la racionalidad técnica de la modernización capitalista, y que está subjetivamente dispuesto a una razón del mundo guiada por la fe en la técnica, en la homogeneización laboral y en la modernización industrial del país. Sobre esta nueva subjetividad proletaria, el marxismo logrará enraizarse durante décadas.

En esta primera época, el marxismo es una ideología de modernización en lo económico, y de consolidación del Estado nacional en lo político. En el fondo, todo el programa revolucionario de los distintos marxismos de esta etapa, hasta los años 1980, tendrá objetivos similares. De ese modo, crea una cultura política basada en la primacía de la identidad obrera por encima de otras identidades, en la afirmación del papel progresista de la tecnología industrial en la economía, del papel central del Estado en la distribución de la riqueza, de la nacionalización cultural de la sociedad en torno a estos moldes, y de la “inferioridad” histórica de las sociedades campesinas mayoritarias.

Esta narrativa de la historia, adaptada de los manuales de economía, creará un bloque sobre dos realidades que serán el punto de partida de otro proyecto de emancipación que con el tiempo se sobrepondrá a la ideología marxista: las temáticas campesina y étnica de Bolivia.

Para este marxismo no había ni indios ni comunidad. Esa posición obligará al emergente indianismo político a afirmarse en combate ideológico, tanto contra las corrientes nacionalistas como contra las marxistas —que rechazaban y negaban las temáticas comunitario-agraria y étnico-nacional— como una fuerza productiva capaz de servir de poder regenerativo de la estructura social.

Al final, una lectura más rica de la temática indígena y comunitaria vendrá de la mano de un nuevo marxismo crítico que, apoyándose en las reflexiones avanzadas por René Zavaleta Mercado (1937-1984) (2), buscará una reconciliación de indianismo y marxismo.

El voto universal, la reforma agraria que acabó con el latifundio en el altiplano y los valles, y la educación gratuita y universal, hicieron del ideario del nacionalismo revolucionario un horizonte que envolvió buena parte del imaginario de las comunidades campesinas. Éstas hallaron en este modo de ciudadanía y de reconocimiento una convocatoria homogénea, capaz de desplegar y diluir el programa nacional-étnico de resistencia gestado décadas atrás. Fueron momentos de una creciente desetnización del discurso e ideario campesino, una apuesta por la inclusión imaginada en el proyecto de cohesión cultural mestiza irradiada desde el Estado, y de la conversión de los nacientes sindicatos campesinos en la base de apoyo del Estado nacionalista, tanto en su fase democrática de masas (1952-1964), como en la primera etapa de la fase dictatorial (1964-1974).

Las características de este periodo serán: la creciente diferenciación social en el campo, la acelerada descampesinización, el rápido crecimiento de las ciudades y la flexibilidad del mercado de trabajo urbano. Todo esto habilitará la creencia en una movilidad campo-ciudad exitosa mediante el acceso al trabajo asalariado estable y el ingreso a la educación superior como modos de ascenso social.

Los primeros fracasos de este proyecto se comenzarán a manifestar en los años 1970, cuando la etnicidad —bajo la forma del apellido, el idioma y el color de piel— será reactualizada por las elites dominantes como uno más de los mecanismos de selección, renovando la vieja lógica colonial de discriminación social.

Elo, sumado a la estrechez del mercado laboral, incapaz de acoger a la creciente migración, creará un espacio para el resurgimiento de la nueva visión del mundo indianista que, en estos últimos cuatro decenios, ha transitado por varios periodos: formativo, de cooptación estatal y de conversión en estrategia de poder.

El primer periodo es el de la gestación del indianismo katarista (3). Nace como discurso político que rehabilita la historia, la lengua y la cultura. Se trata de un discurso denunciatorio que, asentado en la revisión de la historia, echa en cara la imposibilidad de cumplir los compromisos de ciudadanía, de mestizaje, de igualdad política y cultural con los cuales el nacionalismo se acercó al mundo indígena después de 1952.

Su aporte fundamental es la reinención de la indianidad, ya no como estigma, sino como emancipación, como designio histórico, como proyecto político. Se trata de un auténtico renacimiento del indio a través de la reivindicación de su historia, de su pasado, de sus prácticas culturales. Este indianismo rompe lanzas frente al marxismo y se le enfrenta con la misma vehemencia con la que critica a otra ideología fuerte, el cristianismo, considerados ambos como los principales componentes ideológicos de la dominación colonial contemporánea.

A partir de ahí, el discurso katarista, a fines de los años 1970, se va a dividir en grandes vertientes. La primera, la sindical, da lugar a



la formación de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), lo cual sella la ruptura del movimiento de los sindicatos campesinos con el Estado nacionalista en ge- →



tas militares que erosionaron la hegemonía conservadora de la época. Tampoco es casual que, con el tiempo, los nacionalistas revolucionarios combinaran de manera decidida sublevaciones (1949), con golpes de Estado (1952) y participación electoral como muestra de una clara ambición de poder.

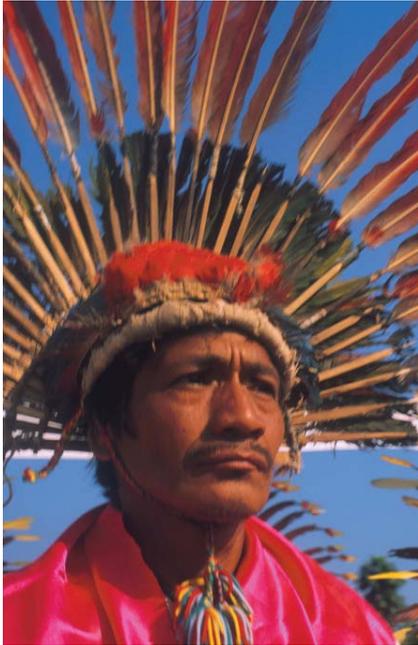
Obtenido el liderazgo de la revolución de 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) dará lugar a una reforma moral e intelectual que creará una hegemonía político-cultural de 35 años de duración, independientemente de que los sucesivos gobiernos sean civiles o militares. Si bien se puede hablar de una presencia del pensamiento marxista desde los años 1920, el marxismo, como cultura política en disputa por la hegemonía ideológica, cobrará fuerza en los años 1940, gracias a la actividad partidaria del Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), del Partido Obrero Revolucionario (POR) y a la producción intelectual de dirigentes como Guillermo Lora, José Aguirre Gainsborg, José Antonio Arce y Arturo Urquidí.

\* Vicepresidente de Bolivia. Nacido en 1962 en Cochabamba, Álvaro García Linera cursó la Carrera de Matemáticas en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En 1985 regresó a Bolivia y militó en favor de un gobierno indígena de liberación. En 1992 fue encarcelado durante cinco años por su participación en la estructura de mando del Ejército Guerrillero Tupak Katari (EGTK). A partir de 1997 dictó cátedra en varias facultades y fue profesor visitante en universidades de Francia, España, México y Argentina. En 2004, la Universidad Central de Ecuador le otorgó el premio en Ciencias Sociales “Agustín Cueva”. Entre sus trabajos destacan: *Sociología de los movimientos sociales en Bolivia*, Diakonia/Oxfam G.B., Plural, La Paz, 2004; “Lucha por el poder en Bolivia”, en *Horizontes y límites del Estado y el poder*, Musia del Diablo Editores, La Paz, 2005; y *Estado multinacional*, Editorial Mestizaje, La Paz, 2005. Participó en las elecciones de 2005 compartiendo fórmula con Evo Morales. (www.vicepresidencia.gob.bo/Vicepresidente).

(1) La guerra del Chaco se libró de 1932 a 1935 entre Bolivia y Paraguay por el control de la región del Chaco Boreal. 250 000 soldados bolivianos y 150 000 paraguayos se enfrentaron. La malaria y otras enfermedades, al igual que la falta de agua diezmaron a los ejércitos. Hubo gran cantidad de bajas (60 000 bolivianos y 30 000 paraguayos). En lo económico la guerra, ganada por Paraguay, fue un desastre para ambos países.

(2) Léase René Zavaleta Mercado, *Lo nacional-popular en Bolivia*, editorial Los Amigos del Pueblo, La Paz, 1986.

(3) De Tupak Katari (1750-1781), dirigente aymara que se sublevó contra las autoridades coloniales en el Alto Perú, formó un ejército de 40 000 indígenas que sitió dos veces La Paz. Ejecutado por los españoles el 15 de noviembre de 1781. Su última frase fue: “Me mataréis, pero volveré y seré millones”.



neral y, en particular, con el Pacto militar-campesino que había inaugurado la tutela militar sobre la organización campesina bajo el gobierno del general René Barrientos en 1964.

Otra vertiente es la política partidaria, no solamente con la formación del Partido Indio, a fines de los años 1960, sino del Movimiento Indio Túpak Katari (MITKA) y el Movimiento Revolucionario Túpak Katari (MRTK), que van a incorporarse, de manera frustrada, en varias competencias electorales hasta fines de los años 1980. La tercera vertiente va a ser la corriente académica que se dedica a llevar adelante, de manera rigurosa, este revisionismo histórico mediante el estudio de casos de levantamientos, de caudillos, de reivindicaciones indígenas desde la colonia hasta nuestros días.

Un segundo momento de este período de la identidad aymara se va a producir cuando, desde los primeros años de la década de 1980, se produce una descentralización de este discurso. Los ideólogos y activistas del indianismo katarista se fragmentan dando lugar a tres corrientes. La culturalista, que se refugia en el ámbito de la música, la religiosidad y que es denominada "de los pachamámicos". Una segunda, menos urbana, denominada "de los discursos políticos integracionistas", en la medida en que reivindica el ser indígena como fuerza de presión para obtener reconocimientos en el orden estatal vigente. El ala katarista del movimiento de reivindicación de la indianidad es la que da cuerpo a esta posición. Aquí el indígena se define por una ausencia de igualdad ante el Estado a causa de su pertenencia cultural (aymara o quechua) que deviene así signo identificador de una carencia de derechos (la igualdad), de un porvenir (la ciudadanía plena) y de una distinción identitaria (la multiculturalidad).

Una tercera variante va a ser la vertiente estrictamente nacional indígena. Se trata de un discurso que no le pide al Estado el derecho a la ciudadanía, sino que pone de manifiesto que deben ser los mismos indígenas quienes deben ser los gobernantes del Estado. Un Estado que, por esta presencia india, tendrá que constituirse en otro Estado y en otra República, en la medida en que el Estado actual ha sido una estructura de poder edificada sobre el exterminio y la exclusión del indígena.

Bajo esta mirada, el indígena aparece no sólo como un sujeto político, sino también como un sujeto de poder, de soberanía. En su etapa inicial, este discurso toma la forma de un panindigenismo, en la medida en que se refiere a una misma identidad india extendida a lo largo de todo el continente, con pequeñas variantes regionales. Esta mirada transnacional puede considerarse expansiva en la medida en que supera el localismo clásico de la demanda indígena. Pero, al mismo tiempo, presenta una debilidad en la medida en que minimiza las diferencias intraindígenas y las diferentes estrategias de integración, disolución o resistencia por las que cada nacionalidad indígena optó dentro de los múltiples regímenes republicanos instaurados desde el siglo pasado.

De ahí que una segunda corriente, dentro de esta vertiente indianista, encabezada por Felipe Quispe y la organización Ayllus Rijos, realiza dos nuevos aportes. Por una parte, el reconocimiento de una identidad popular boliviana resultante de los siglos de mutilados mestizajes culturales y laborales. De tal modo que otras formas de identidad popular, como la obrera y hasta cierto punto la campesina en determinadas regiones, aparecen como sujetos colectivos con los cuales hay que trazar políticas de alianza. Éste será el significado político de la llamada teoría de las "dos Bolivias".

El segundo aporte de este discurso es el de la especificidad de la identidad indígena aymara. El indio aymara aparece de manera nítida como identidad colectiva y como sujeto político encaminado a un destino de autogobierno y de autodeterminación. Eso permite centrar el discurso en ámbitos territoriales específicos, en masas poblacionales precisas y en sistemas institucionales más efectivos que los de la panindianidad. A partir de ahí, el indio y el indianismo se integran en un discurso estrictamente nacional: el de la nación indige-

na aymara.

El segundo período de la construcción del discurso nacional indígena es el de la cooptación estatal. Se inicia a fines de los años 1980, en momentos en que se atraviesa por una gran frustración política, en la medida en que los intentos de convertir la masa indígena sindicalizada en fuerza electoral no dan los resultados esperados.

Al tiempo que la sociedad y los partidos marxistas asisten a ese brutal desmoronamiento de la fuerza de la masa obrera, la adopción y la reelaboración de un discurso etnicista se les presenta como una opción de recambio. El MNR es el partido que con mayor claridad detecta el significado de la formación de un nacionalismo indígena (visto como un peligro) así como también las debilidades del movimiento indígena. Por medio de la alianza con el dirigente indio Víctor Hugo Cárdenas y una serie de activistas indígenas, el MNR convierte en política de Estado el reconocimiento retórico de la multiculturalidad de Bolivia, mientras que la Ley de Participación Popular habilita mecanismos de ascenso social local capaces de sucionar el discurso y la acción de una buena parte de la intelectualidad indígena crecientemente descontenta.

De esta manera, a la identidad indígena autónoma y asentada en la estructura de los "sindicatos", formada desde los años 1970, se va a contraponer una caleidoscópica fragmentación de identidades, de ayllus, de municipios y de "etnias". Por eso, el protagonismo de las luchas sociales habrá de desplazarse del altiplano aymara a las zonas cocaleras del Chapare donde predominará un discurso de tipo campesino complementado con componentes culturales indígenas.

El tercer período de este nuevo ciclo indianista puede ser calificado como estrategia de poder, y se da a fines de los años 1990 y principios del 2000. El indianismo deja de ser una ideología que solo se limita a resistir, y se va a expandir intentando disputar la capacidad de dirección cultural y política de la sociedad a la ideología neoliberal dominante durante los últimos veinte años.

De hecho, se puede afirmar que la concepción más importante



de la actual vida política de Bolivia es el indianismo. El cual constituye el núcleo discursivo y organizativo de lo que hoy podemos denominar la "nueva izquierda".

Su base material es la capacidad de sublevación comunitaria con

la que las comunidades indígenas responden a un creciente proceso de deterioro y decadencia de las estructuras comunitarias campesinas, y de los mecanismos de movilidad social ciudad-campo. Las reformas neoliberales de la economía incidirán de manera dramática en el intercambio económico urbano rural. Los términos del intercambio, desfavorables para la economía campesina, se intensificarán comprimiendo la capacidad de compra, de ahorro y de consumo de los campesinos. A ello se sumará un mayor estrechamiento del mercado de trabajo urbano y un descenso del nivel de ingreso de las actividades laborales urbanas con las que complementan sus ingresos las familias campesinas.

El punto de inicio de las sublevaciones y de la expansión de la ideología indianista se da en el momento en el que las reformas de liberalización de la economía afectan las estructuras comunitarias agrarias y semi urbanas (agua y tierra). El deterioro de la estructura económica tradicional da lugar a un fortalecimiento de los lazos comunitarios como mecanismos de seguridad primaria y reproducción



colectiva. El indianismo hará de la cultura, del idioma, de la historia y del color de la piel, los componentes de un proyecto comunitarista de emancipación que rápidamente erosionará la ideología neoliberal.

Este indianismo cohesionará una masa movilizable, insurreccional y electoral, logrando politizar el campo político y consolidándose como una ideología con proyección estatal. Como estrategia de poder, presenta en la actualidad dos vertientes: una de corte moderada (Movimiento Al Socialismo - Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos, MAS-IPSP), liderada por Evo Morales; y otra radical (Movimiento Indígena Pachacuti - Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia MIP-CSUTCB), liderada por Felipe Quispe.

Esta corriente indianista radical tiene más bien un proyecto de indianización total de las estructuras de poder político. Si bien la temática campesina siempre está en el repertorio discursivo de este indianismo, todos los elementos reivindicativos están ordenados y direccionados por la identidad étnica ("naciones originarias aymaras y quechua"). Por ello, esta corriente se ha consolidado sólo en el mundo estrictamente aymara, por lo que puede ser considerada como un tipo de indianismo nacional aymara.

La vertiente moderada se articuló en torno a los sindicatos campesinos del Chapare enfrentados a las políticas de erradicación de cocaleros. Sobre un discurso campesinista que ha ido adquiriendo connotaciones más étnicas en los últimos años, los sindicatos cocaleros han logrado establecer un abanico de alianzas flexibles y plurales. Reivindicando un proyecto de inclusión de los pueblos indígenas en las estructuras de poder y poniendo mayor énfasis en una postura antiimperialista, esta vertiente, que encarna el presidente Evo Morales, puede ser definida como "indianista de izquierda" por su capacidad de recoger la memoria nacional-popular, marxista y de izquierda formada en las décadas anteriores, lo que le ha permitido una mayor recepción urbana, multisectorial y plurirregional, haciendo de ella la principal fuerza parlamentaria de la izquierda y la principal fuerza electoral municipal del país.

(Una versión larga de este artículo se ha publicado en la revista *Barataria*, nº 2, marzo-abril de 2005, Editorial Malatesta, La Paz, Bolivia. Versión disponible, en lectura gratuita, en nuestro sitio web: [www.monde-diplomatique.es](http://www.monde-diplomatique.es))

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano  
de Ciências Sociais

### CUADERNOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO LATINOAMERICANO

Los Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano constituyen una iniciativa del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) para la divulgación de algunos de los principales autores del pensamiento social crítico de América Latina y el Caribe: Ruy Mauro Marini (Brasil); Agustín Cueva (Ecuador); Álvaro García Linera (Bolivia); Celso Furtado (Brasil); Aldo Ferrer (Argentina); José Carlos Mariátegui (Perú); Pablo González Casanova (México); Florestan Fernandes (Brasil); René Zavaleta Mercado (Bolivia); Rodolfo Stavenhagen (México); Milton Santos (Brasil); Silvio Frondizi (Argentina); Gerard Pierre-Charles (Haití); Anibal Quijano (Perú); Juan Carlos Portantiero (Argentina) y Edelberto Torres Rivas (Guatemala), entre otros.

Los Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano se publican en el periódico *La Jornada* de México y en los *Le Monde diplomatique* de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú y España.

CLACSO es una red de más de 210 instituciones que realizan actividades de investigación, docencia y formación en el campo de las ciencias sociales en 23 países: [www.clacso.org](http://www.clacso.org)

Coordinación editorial: Emir Sader.